

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy; que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

CHARLA

—¿Qué tal vamos, Andrés?

—Mal, señor, tan mal que no hay por donde cogermelo.

—Tú siempre quejándote!

—Porque siempre me duele algo.

—Pues ¿qué te falta?

—¿Qué me falta? Me falta dinero y me sobra en qué gastarlo. Con poco jornal y con mucha familia... ya ve V. cómo andaré.

—Lo de siempre; con nada os contentáis! Cuanto mas se os da, mas queréis.

—En eso tiene V. razón. Tanto yo, como V., como todos los hombres queremos siempre más y más; y nunca decimos basta.

—Bueno es que lo conozcas.

—Sí que lo conozco, pero tambien deseo que V. conozca que yo no me quejo de vicio, sino porque tengo verdadera necesidad.

—¿De qué tienes necesidad, de ir á la taberna?

—No, señor, que nunca pongo los piés allí, y estoy persuadido de que los obreros que van á la taberna son los que mas daño nos hacen; son los que tienen la culpa de todas las miserias y necesidades que experimentamos los obreros.

— Hombre, no seas exagerado. Ellos hablan en la taberna de que hay que regenerar la clase obrera.

—Hablarán todo lo que quieran, aunque sin entender lo que dicen, pues ya sabe V. que el vino... pero lo que ellos hacen es fastidiarnos á todos.

—¿En qué te fastidían? ¿qué tienen ellos que ver contigo?

—Mucho. Me quejo yo, y como yo otros, de que el jornal es pequeño, de que la vida es muy cara, de que así no podemos vivir; llega esto á oídos del rico, y nos contesta: los obreros tienen dinero de sobra, para ir á la taberna nunca les falta.

—Y lo cierto es que las tabernas están siempre llenas de bote en bote.

—Por eso le digo á V. que los mayores enemigos del obrero, los que mas daño nos hacen, son esos obreros que están metidos en las tabernas.

—No te incomodes, Andrés, y no hables contra tus compañeros los obreros.

—Poco á poco, señor, y no me insulte. Los obreros borrachos y perdidos no son mis compañeros; mis

compañeros son los obreros honrados, y contra esos no he hablado, ni hablaré jamás, porque son mis hermanos; con ellos y gracias á ellos hemos de mejorar nuestra situación y levantar la clase obrera.

—Eso dicen tambien los de las tabernas.

—Pero hacen todo lo contrario. Me río yo de las palabras; lo que yo quiero son obras. Si de palabras hacemos caso, buenos estamos! Hace unos años cuando trabajaba yo en Trubia, fué por allí vendiendo periódicos un hombre lo mas desarrapado, con las alpargatas rotas, sin camisa, vamos que no tenia ni una perra chica. Nos comenzó á hablar de que todos somos iguales, de que habia que repartir las riquezas y no se cuántas cosas mas. Engañó á muchos, y á mí entre ellos: nos quitó los cuartos, y el reparto que hizo fué metérselos en el bolsillo; y hoy se pasea por ahí de levita y sombrero, y ha comprado dos casas!

—¡Vaya una manera de repartir!

—Eso para que nos flemos de palabras; las obras, las obras...

—¿Tu crees que los de las tabernas hacen lo mismo?

—Hacen lo mismo ó peor, porque nos quitan la honra que vale mas que nada.

—Déjate de bobadas, con la honra no comes.

—Pero puedo comer. Si fuéramos honrados cuando reclamamos alguna cosa, ó hacemos ver que el jornal no nos llega, los ricos no tendrían ninguna excusa, pero ahora siempre tienen eso «de que las tabernas están llenas, de que lo gastamos en vicios.»

—Pues tú decías que nunca ibas á la taberna.

—Y lo vuelvo á repetir, y como yo otros muchísimos obreros honrados. Por eso me quejo y hablo contra esos borrachos que nos quitan la fama.

—A tí y á los obreros honrados ni te quitan, ni te ponen.

—Me quitan, me quitan. Lo que se ve, lo que aparece en público son las tabernas: si están llenas, dice la gente «los obreros son unos borrachos.» Despues ven por la calle á algunos tambaleándose, tropezando aquí y cayendo allá, con un olor á vino y á aguardiente que revuelve el estómago, y los que pasan cerca vuelven á repetir: «infelices,

qué gente mas degradada!» Por noche cuando todo está en silencio se oyen los berridos y blasfemia indecentes de los que acaban de salir de las tabernas mas chispas que una cuba, y la gente honrada exclama: «Esos obreros son unos salvajes! Despues se quejan de que el jornal es pequeño! Si no tuvieran mas que la mitad andarían mejor!» ¿Lo vé V., señor? ¿Quién tiene la culpa de que no nos hagan caso cuando nos quejamos, sino esos obreros perdidos que nos quitan la fama?

—¿Y qué remedio hay? ¿No querrás poner dinamita en todas las tabernas?

—No señor, que yo soy católico, aunque como le dije á V. antes, una vez me engañaron con eso del reparto de bienes, y de que todos somos iguales; pero que estoy escarmentado; ¡las dos casas, y el sombrero y la levita de aquel fulano me han enseñado mucho!

—Pues entonces, ¿qué remedio encuentras tú? ¿Cuál es tu idea?

—A mi se me ocurre que los obreros perdidos y borrachos se reúnen en las tabernas, y por eso se les ve; y yo quisiera que los obreros honrados nos reuniéramos en una sociedad donde sólo se admitiera á los obreros honrados y de buenas costumbres.

—¿Qué conseguirás con eso?

—Pues conseguía que estando juntos y agrupados tambien se nos viera á nosotros, y entonces se vería cuántos somos los obreros honrados y cómo somos muchísimos más que los perdidos.

—¿Con eso te contentas?

—Eso ya es algo, pero yo querría algo más. Una vez que estuviéramos juntos los obreros honrados, quisiera que se nos diera instrucción que es lo que mas falta nos hace á los obreros.

—Tú discurre muy bien.

—No es esto todo. Quisiera que una vez juntos los obreros honrados, nosotros mismos unos á otros nos ayudásemos en nuestra pobreza.

—¿Cómo va á ser eso?

—Pues así. Que si tú estás ermo, todos nosotros que estamos nos te ayudemos á tí. Que si tú sin trabajo entre todos nosotros lo busquemos, y mientras tanto te demos para vivir. Que si tú has quedado inútil, ó por una enfermedad, ó por una desgracia, ó por la vejez,

nosotros procuremos que no te falte lo necesario.

—Al principio decías que no tienes lo suficiente para tí y tu familia, y ahora quieres dar á otros?

—Por eso mismo de que no tengo bastante para mí y para mi familia, quiero hacer un esfuerzo y ayudar á mis compañeros, para que ellos me ayuden á mí en mis apuros ó desgracias. Los obreros honrados somos muchos: si nos juntamos con poco que ponga cada uno, se hace un mucho y se remediarian nuestras necesidades.

—O la holgazanería de algunos que no quisieran trabajar y dijeran que estaban enfermos ó sin trabajo para que vosotros les socorriérais.

—Ya le dije antes que en esa sociedad sólo habíamos de admitir los obreros honrados, y ya tendríamos cuidado de que no entrasen esos zánganos, por la cuenta que nos tiene.

—Bien, hombre! pues á poner en práctica esas ideas, á fundar esa sociedad! no te contentes con charlar, que como tú decías antes las palabras valen poco; obras, obras es lo que hace falta.

—Sí, señor, en eso estoy yo, y por eso tengo hablado á unos amigos míos de Gijón y á otros de Mieres, y me han dicho que son de mi idea, y que la han de poner en práctica.

—¿De Gijón, dices?

—Sí señor, de Gijón.

—Pues será entonces una sociedad que se ha fundado hace poco en la calla de San Bernardo núm. 102.

—¿Cómo es ella?

—Así, como tu dices, enteramente tu idea. Es una sociedad católica de obreros que se titula «El Descanso.»

—¿Le gusta á V. esa sociedad?

—Mucho: tanto que me he hecho socio protector: al obrero honrado hay que favorecerle.

—Lo vé V. Ya lo decía yo! Enseñada que nos juntemos los obreros católicos, habrá muchas personas que nos favorezcan.

—Por mi parte haré y daré todo cuanto pueda.

—Dios se lo pague, señor, y cuando vaya V. por allá, deles V. un apretón de manos á mis amigos. Lástima que no esté yo allí para ser socio! Dígales de mi parte que sean rigurosos en admitir. Gente católica y honrada, los otros afuera.

—Adios, Andrés, hasta otro rato.

¡CONFITEOR!....

Ahora que estamos en tiempo de confesiones no es mala la que acaba de hacer el director de «La Correspondencia de España», señor Romeo, quien después de decirnos que es más clerical que el Cardenal Cisneros, y después de demostrarnos palpablemente la absoluta superioridad de los colegios de religiosos, sobre los que dirigen los laicos, (eso ya lo sabe todo el mundo), sean ó no oficiales, concluye poniéndose

él mismo por ejemplo y dice: «Cierta es que oía misa todas las mañanas, que cantaba todos los Domingos el *Oficio parvo*, en Todos los Santos *el de difuntos*, en Semana Santa la *Pasión* y en Mayo las *Flores*; cierto es también que aprendí á ayudar á Misa y que arraigo en mi conciencia semilla de creencias religiosas. Todo eso es cierto; pero también lo es, que á los quince años salí de entre frailes, sano de espíritu, con la inteligencia bien preparada, sin saber una jota de política, con piernas de acero, con pecho de atleta, con brazos de Hércules, cosas todas ellas preferibles á estar físico de cuerpo, ineducado de inteligencia, seco de corazón, agotado de idealismos y muy maestro en politiquerías, *tangos del morrongo* y cultura de sicalipsis. ¡Lo primero, prefiero á lo segundo!

Como único comentario pondremos nosotros las mismas palabras con que el señor Romeo termina su notable artículo: «¡Y que quien quiera meditar, que medite!»

EL CIELO EN LA TIERRA

Soñó cierto Filósofo machucho,
Pues filósofos hay que sueñan mucho,
Que una noche de Mayo
San Antón, su tocayo,
A visitarle con su *adjunto* vino;
Y haciéndole montar en el cochino,
Llevósele de un vuelo
A recorrer el ámbito del cielo.
Conducido que fué, dijo en el acto
El huésped terrenal estupefacto:
—¡Bien se pasa en la glorial bien se pasal
Un poco de la dicha que sin tasa
Disfrutáis junto á Dios, ¿no conviniera
Que á probar en el mundo se nos diera,
Por vía de adelanto,
Para llevar mejor aquella vida,
Continúa serie de zozobra y llanto?
—¡Singular petición!, exclama el Santo:
La tenéis concedida
Desde el tiempo de Adán.—No hago me-
(moría.
—Olvidadizo estás, amigo Antonio:
Mira un buen matrimonio,
Y en él verás la imagen de la gloria.

J. E. de Hartzembusch.

EL CARPINTERO DE NAZARET

Era un sábado en las primeras horas de la mañana. Un caminante con el báculo en su mano y la túnica levantada hasta la rodilla se dirigía por una de las calles de Jerusalén al templo del Señor. Su rostro, que tenía el candor de la inocencia, y su aire recogido, le daban el aspecto de un peregrino de los que frecuentemente visitaban el único templo que el Dios vivo tenía en toda la tierra. A la entrada del atrio le detuvo un levita preguntándole:

—¿A dónde va el buen caminante?

—Al templo del Señor para cumplir la orden del gran Sacerdote.

—¿Sois de la tribu de Judá?

—Y de la familia de David.

—Pues entonces dadme esa vara.

El viajero entregó respetuosamente su báculo sin manifestar curiosidad de saber el por qué, y por otra parte sin extrañeza, puesto que la orden del Pontífice era que se presentase con su vara en el templo del Señor. El levita continuó:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—José, hijo de Jacob.

—Sois pariente de María, hija de Joaquín?

—Pariente muy cercano.

—¿Y tenéis esperanza de que el Señor os elija por esposo de esta admirable doncella?

—¿Qué decís? ¿Yo su esposo? ¡No es posible!

—¿No es posible? ¿Y por qué?

—Porque estoy ligado con un voto que me imposibilita de aceptar por esposa á mujer alguna.

—No entiendo vuestras palabras, hijo de Jacob; pero si el Señor se dignase manifestar vuestra elección por medio de un prodigio semejante al que obró para elegir á nuestro padre Aarón, ¿rehusaríais acaso aceptar esta preciosa joya, digo, la doncella más virtuosa de las que se educan en el templo?

—No continúeis; soy polvo y ceniza, indigno de que el Señor fije sus ojos en mí.

Los interlocutores atravesaron el atrio de los gentiles y penetraron en el atrio de los hijos de Israel; donde los habitantes de Jerusalén se iban reuniendo en mayor número que el de costumbre, unos para satisfacer su devoción, otros su curiosidad. Separados del pueblo había algunos jóvenes que manifestaban en su exterior más interés y aún más impaciencia por el resultado de aquellos preparativos tan nuevos y desusados. Eran los pretendientes á la mano de María.

El levita señaló á José el lugar que debía ocupar durante el sacrificio, y llevándose la vara, la colocó junto con todas las demás ante el Santo de los Santos Poco después empezaba el sacrificio.

Si José hubiese fijado su vista en sus competidores, hubiera podido descubrir en el rostro de cada uno de ellos una confianza completa en el triunfo que esperaban de sus prendas personales. Quien se había presentado con una túnica de riquísima tela y con el ceñidor bordado de oro y cuajado de perlas, para cuya adquisición había sentido más de una vez en su frente la brisa del mar y el viento del desierto. Quien confiaba en el brillo de las armas, profesión que se echaba de ver tanto en la corta espada que de su cinto pendía, cuanto en la arrogancia de continente, que en todos los países y en todos los tiempos es el distintivo de los hijos de la guerra.

Delante de todos, de pie, y bastante separado para no contaminarse con aquellos pecadores y publicanos, había un joven que tenía el rostro demacrado por los ayunos y la frente levantada por la soberbia; arrastraba con fausto su manto, en cuya orilla se veían algunos caracteres bordados de oro, ininteligibles para el vulgo profano, pues eran máximas de virtud altísima que la mente del joven sabio había descubierto tras largos desvelos y vigilias. Era fariseo. No viendo entre los hijos de David otro alguno de su profesión no trataba de ocultar la convicción íntima que tenía de ser escogido de Dios por esposo de la bella María.

Durante el sacrificio todos oraban á su modo. El guerrero ofrecía consagrar al Señor, caso de ser elegido, el mejor despojo en todas sus batallas; los ricos mercaderes prometían sacrificarle víctimas á millares; el fariseo se concretaba en recordar al Señor que no era ladrón, ni adúltero como los miserables que estaban detrás de él; José, postrado á la presencia del Señor, le adoraba desde el fondo de su corazón, sin sospechar ni remotamente que recayese sobre él una elección cuyas consecuencias no podía medir por entonces.

Desde otro departamento asistían al sacrificio las doncellas del templo formando

semicírculo alrededor de María, radiante de belleza y de amor divino, y completamente tranquila por su suerte, que había puesto en manos de Dios.

Terminada la ceremonia sagrada, el Sumo Sacerdote entró en el santuario seguido de otro levita; los momentos eran supremos; todos los corazones palpitaban con violencia, todos menos el de María, que estaba en dulce éxtasis de amor, y el de José, que estaba absorto en su humildad, muy ajenos uno y otro de lo que sucedía en torno suyo.

Apareció, por fin, el Pontífice con una vara, que había reverdecido y dado una flor blanca y pura como la inocencia del joven Carpintero. El levita distribuyó las restantes entre los otros competidores, que reconocieron cada uno la suya, no sin morderse los labios de despecho. Es fama que el fariseo rompió la suya con mal disimulado enojo, sin reflexionar antes si faltaba con esto á la ley del Señor, siendo como era día de sábado.

José continuaba enajenado en la presencia de Dios, hasta que el Sumo Sacerdote le presentó su vara. Al ver el prodigio que en ella había obrado el Señor, su cabeza se desvaneció, sus ojos se ofuscaron, y hubiera caído en el suelo si el levita no le hubiera sostenido; al volver en sí pronunció estas palabras: «Señor, ya que así lo queréis, hágase en mi según vuestra voluntad.»

El Sacerdote tomó la mano izquierda al humilde José, que llevaba en la diestra la vara milagrosa, y le condujo á la presencia de María, notificándole la elección de Dios. Los dos jóvenes levantaron modestamente sus ojos, sus miradas se encontraron por un momento, y sus corazones se comprendieron.

—¡Hermanol

—¡Hermanal

Fueron las palabras que se cruzaron y que nadie de los presentes comprendió sino los dos desposados, y Dios que los unía.

Los judíos no podían darse cuenta de que la elección hubiese recaído en el Carpintero de Nazaret, cuando había en el linaje de David jóvenes tan ilustres.

José recordaba que el Señor hizo florecer en el desierto la vara de Aarón, para manifestar que éste debía ser el custodio del Arca santa; y al mismo tiempo que el sacerdote Oza fué castigado con la muerte porque extendió temerariamente hacia ella su brazo.

N. B.

COSAS DEL TIEMPO

«Esos Curas... decía mi interlocutor, al salir de la iglesia parroquial el último domingo.

«Esos Curas vuelven á uno loco.»

«No hacen más que predicar: Que nos confesemos. Que cumplamos el Precepto Pascual. Que nos mortifiquemos. Que ayunemos. Que tomemos la Bula para no pecar. Que pensemos en la muerte. Que el camino del cielo es muy estrecho. Que Dios es justiciero. Que somos pecadores. Que podemos caer á la hora menos pensada en el abismo del infierno, y que éste es eterno. ¿Quién puede oír tales verdades?

«Y lo más grave es que eso lo dicen todos los Curas, y que no hay

manera de hablar con ellos en este tiempo de Cuaresma.

«No voy á misa hasta que termine este tiempo.»

Peor para ti, dije yo al molesto amigo; arrojar la cara importa, que el espejo no hay porqué.

¿No tienen los Curas obligación de predicar todas esas cosas, que tú, con razón has llamado verdades?

Por otra parte ¿no es oportuno hablar durante la Cuaresma de todas esas cosas?

¡Ay, amigo! Duele esa predicación, sin duda porque revuelve en el corazón sentimientos que estaban adormecidos y en la conciencia remordimientos que no estaban del todo apagados..

¿Y quieres protestar contra esos sentimientos; quieres ahogar los remordimientos de la propia conciencia, bajo el fútil pretexto de que los Curas....

Hay más: somos ó no somos cristianos.

¿Somos cristianos? en ese caso, la cuestión está resuelta.

El cristiano:

Debe instruirse, oyendo la predicación de los sacerdotes.

Debe ayunar para vivir la vida de Jesucristo.

Debe confesarse para borrar sus culpas pasadas

Debe comulgar en Pascua para cumplir con la Iglesia.

Debe meditar las verdades eternas para no caer en el infierno

De lo cual resulta:

Que predicando los Curas las verdades eternas cumplen con su deber.

Y esto es bueno.

Y cumpliendo ese deber.

Quiere los Curas:

1.º Que nos santifiquemos, y esta es también la voluntad de Dios; nuestra santificación.

2.º Que nos salvemos, y esta es la única cosa necesaria.

Lo demás es accesorio, y lo da Dios al que, ante todo, busca su divino reino.

¡Qué mal se discurre en materias de Religión, por la generalidad de los hombres!

Los mismos creyentes ¡cuántos errores! ¡Qué supina ignorancia!

¿De qué depende esto?

No se va al templo. Se huye de la predicación bajo fútiles pretextos, y el pueblo ignora las verdades eternas y las demás verdades religiosas.

No se se puede oír hablar de Religión ni á los mas sabios.

¡Qué de necedades contra los Curas!

No se va á los sermones, porque se predicán verdades anticuadas: el infierno, la eternidad, el pecado, Dios justiciero....

No se va á los sermones, porque no agradan; no se escuchan las verdades religiosas porque ya se saben.

Con estas excusas ¿quién puede?

Y sin embargo, son las más razonables.

MARÍA MAGDALENA

¡Pobre mujer! Estaba en la plenitud de su hermosura: Reina del vicio, imponía su ominoso cetro en la egregia Ciudad de los Profetas; goces sin alegría y adoraciones sin amor envolvían su alma que se agitaba entre el turbio oleaje de las pasiones viles.

Mas cierto día llegó á sus oídos una extraña noticia: un hombre desconocido y extraordinario recorría la Ciudad; en pos de él iban las muchedumbres ansiosas de escucharle. No tenía su voz el tono del Profeta, sino el acento cariñoso del hermano: de los ecos sencillos de su palabra brotaban ráfagas de luz sabiduría rara y sublime; su faz, decían, era hermosa y llena de majestad soberana.

¿Quién era ese hombre? Un impulso irresistible, hijo de la curiosidad y del orgullo, se apoderó de aquella mujer. Iré á verle, dijo: yo clavaré en su alma con el fuego de mis ojos todo el yugo de mis seducciones y si en su pecho late un corazón que ama, lo encadenaré á mi trono para que sepa quién es la hija de Magdalo. ¡Pobre mujer! ¡Se creía nacida para amar y no sabía lo que era el amor!

En el anchuroso atrio del templo se apiñaba la multitud que escuchaba al Maestro Divino. Entre ella se movían los airados Fariseos que enconaban ya los ánimos para matarle. La voz de Jesús resonaba con dejos de amargura. De pronto una mujer que hacía destacar su belleza con todas las galas del lujo, mezclándose entre la muchedumbre, se puso frente á Jesús: de los ojos de aquella mujer partió de lleno una llamarada fascinadora á los del Hijo de Dios; la mirada del pecado y la de la santidad se encontraron en el mismo camino. Una impresión desconocida embargó entonces el alma de la culpable; sintió las titilaciones del rubor en su semblante, y sus ojos bajaron humildes hacia la tierra, testigo de sus culpas; mientras sus oídos escuchaban atónitos aquella voz celestial que decía: Yo os digo la verdad y no me creéis. Si conociérais la verdad, la verdad os haría libres. Que yo os digo, que el que hace pecado esclavo es del pecado. Mas ahora me queréis matar porque os he dicho la verdad. ¡Ah! si tuviérais á Dios por vuestro Padre ciertamente me amaríais, porque yo de Dios salí....

Era la casa de Simón, el leproso; Jesús, comía con sus discípulos y algunos Fariseos. De improviso una mujer en cuyo rostro hermoso se notaban los quebrantos del alma; y en sus toscos vestidos la penitencia de su vida, se arrojó por detrás á los pies de Jesús, como ocultándose de su vista: un mar de lágrimas corrió de sus ojos y sus labios tantas veces mancillados por la

culpa, besaron apasionados entre ayes de amargura los pies sacrosantos que pronto se enclavarían en la cruz.

Sordo murmullo de reprobación se extendió en aquel momento entre los Fariseos que presenciaban la escena: «si este hombre fuese un Profeta, dijeron, sabría quién es esa mujer que tiene á sus pies para arrojarla al instante de su lado.» Jesús, sin escucharlos, fijando su amorosa mirada en la pobre pecadora dijo entonces: *Levántate, perdonados te son tus muchos pecados porque me amas mucho.*

En aquel instante vió la pobre Magdalena el contraste entre el corazón del hombre y el corazón de Dios — ¡Los hombres culpables, los que tal vez la habían empujado más al precipicio, la condenan; mientras el Santo de los Santos, la perdona! Y levantándose con todas las dichas del alma se alejó gozosa, repitiendo aquellas palabras que le aseguraban ya el verdadero amor de su vida: *«Perdonados te son tus muchos pecados, porque me amas mucho.»*

Juan Aguilar Jiménez.

JUSTO CASTIGO!

Hoy se tiene de la vida una noción muy diferente de la noción cristiana. La vida es para muchos una mina de felicidad que conviene explotar antes que se agote; un manantial de gustos que debe beberse antes que se seque.

Y este criterio engendrado por el virus naturalista que nos corroe, es precisamente el origen de las ideas anárquicas que nos disuelven.

¿Para qué orar, dice el naturalismo, si más allá de la tumba no hay nada?

¿Para qué trabajar, responde en seguida el comunismo, si el trabajo es un sacrificio y nada más?

Trabajemos lo menos que podamos y hagamos leyes para disfrutar todos del mundo por igual.

Reducción de trabajo: aumento de gozces.

Y el resultado viene á ser precisamente todo lo contrario: aumento de trabajos, disminución de paz y de felicidad.

Justo castigo de Dios.—Clavariana.

LA SEMANA SANTA

La Semana Santa es el agosto aniversario de una Pasión tremenda: es el recuerdo de nuestra salvación.....

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.....

¡Cuántas veces los espíritus fuertes descubrirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida por la salvación de su patria!

¡Cuántas veces doblarán la rodilla ante la estatua de un rey que ha salvado á un pueblo á precio de su sangre!

Y, sin embargo; no creen que un Dios se sacrifique por el género humano, que un padre muera por sus hijos.

¿Se ne gará la deuda porque no hay con qué pagarla?...

La Pasión no ha concluido. Los personajes del drama prevalecen.

Caiás está todavía entre los hombres: Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo á su Maestro por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La Pasión es la historia de la especie humana. El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud...

¡Jerusalén! Tú te has extendido por el mundo; pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

La Cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta peregrinación dolorosa.

Ya no es posible perderse sin querer perderse.

SELGAS

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Las religiosas franciscanas y los sordomudos.—Cuando la ignorancia ó la mala fe de los perseguidores de la Iglesia intenta desacreditar á las Ordenes religiosas, negando su importancia social, es deber de los espíritus que aman la justicia sacar á la luz de la publicidad los méritos de las almas nobles que se dedican á la práctica del bien escuchadas por los votos monacales.

Recordarán nuestros lectores que en los últimos días de Diciembre se celebró en Madrid una Asamblea encargada de estudiar el difícilísimo problema de la enseñanza y mejora social de los sordomudos y ciegos: y que á ella concurren profesores distinguidísimos, publicistas eminentes y sociólogos bien enterados de estudios que se refieren á estas cuestiones. Uno de los votos de esta Asamblea fué el recomendar como el mejor método para la enseñanza de los sordomudos el *oral puro*, tal como se practica en las instituciones italianas, reputadas hoy por las más adelantadas del mundo. Pues bien: esta *enseñanza oralista* fué hace diez años organizada por primera vez en España por las Religiosas Terciarias Franciscanas que en Valencia y Barcelona tienen á su cargo excelentes Colegios muy elogiados por los que entienden de estas cosas.

Aún á riesgo de herir la modestia de aquellas humildes religiosas, queremos rendirles este homenaje de respeto, que lo es á la vez de honor para la ciencia española y de gran consuelo para cuantos se interesan por los infelices niños privados de oído y de palabra.

Caridad sacerdotal.—El cura párroco de Sagar (Pontevedra), ha cedido gratuitamente varios terrenos que eran suyos, para que se instale en aquel pueblo un campo de experimentación agrícola.

Así mismo está dispuesto á costear los obreros que sean precisos, así como los aparatos necesarios, pues quiere que sean de su cuenta las prácticas agrícolas que se hagan.

Este rasgo de generoso desprendimiento es unánimemente elogiado.

Un fiasco colosal.—Algunos librepensadores de Roma, deseosos de destruir la fe en los milagros, pretendieron reproducir, por medio de combinaciones químicas, el milagro de liquefacción de la sangre de San Jenaro de Nápoles, que en Madrid tiene también lugar con la sangre de San Pantaleón;

y el efecto, anunciaron el espectáculo en un gran salón, al que, pagando las localidades acudieron unas tres mil personas, pero habiendo resultado fallida la prueba, los espectadores demostraron su decepción y su enojo silbando, gritando y pidiendo que les devolviesen el dinero, por lo cual los organizadores del espectáculo tuvieron que huir por una puerta escusada por temor á las represalias del público indignado.

Ejemplo de caridad.—Ha sido muy elogiada la caritativa conducta del Arcipreste de Cartagena, el cual ha pensionado con una peseta diaria, durante dos meses, á los obreros del arsenal que se encuentran sin trabajo.

El ejemplo del dignísimo prebendado servirá seguramente de estímulo á otras personas que, por su posición, están en condiciones de hacer otro tanto.

RESTITUCIONES

I

El alcalde Sr. Senra recibió la siguiente carta del rector del Colegio de la Inmaculada Concepción de Gijón:

«Muy señor mío y de todo mi respeto: He recibido y tengo á disposición de V. S. la cantidad de 750 pesetas en concepto de restitución á la ilustre Corporación que usía dignamente preside.

En su consecuencia espero se servirá indicarme la manera cómo desea se le remita dicha cantidad y enviarme dos recibos, uno para mi gobierno, y otro para entregárselo á la persona que en secreto me ha conferido esta comisión.—*Buenaventura Recalde, Rector.*»—(Del «Restaurador» de Vigo.)

II

El párroco de Aguilar de Campos, diócesis de León, ha devuelto á los señores herederos de Bernardo Serrano, á la familia Sanmillán y otras, 4.000 pesetas próximamente que le han sido entregadas en secreto de conciencia y como restitución por varios desconocidos.

100.000 PESETAS

Son las que con verdadera caridad cristiana ha invertido el Excmo. y Revmo. señor Obispo de Salamanca en cancelar las hipotecas que gravaban las fincas de los hortelanos de su diócesis que se veían amenazadas de inminente ruina por no poder redimir dichos gravámenes de los que hoy se ven libres gracias al paternal interés de su Pastor y padre.

Consignamos este rasgo hermoso, no como caso raro tratándose del Episcopado español y si sólo porque abrigamos el convencimiento de que la prensa rotativa no dará cuenta de ello porque la noticia no se presta á los comentarios únicos que saben hacer los periódicos sectarios.

«El Amigo del Pobre»

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)	3 » al »
80 » (40 » » »)	2 » al »
40 » (20 » » »)	1 » al »
20 » (10 » » »)	0'50 al »

Incluidos gastos de correos, sin certificar.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 23.

La correspondencia de provincias dirijase al Director de «El Amigo del Pobre.» Gijón.